

Cómo fue que ocurrió

La primera revelación que creo del caso hacer es que uno llega a viejo sin darse cuenta. A mí, por lo menos, la vejez no me derrotó como a la protagonista del tango “Vieja Recoba”, pero sí me sorprendió.

Tengo que decir que la enorme cantidad de arrugas que tengo me aparecieron todas juntas en un día. Y fue así: desde meses atrás, notaba que la luz del atardecer le quitaba precisión a los números de los omnibuses que pretendía avizorar. Después, ya no era solo a la penumbra del fin del día, sino que, en plena mañana tenía que avanzar tres o cuatro pasos para poder distinguir al 143 del 173.

“¿Qué te pasa ojo de águila? Podrás ser cualquier cosa menos miope. Miope no te tolero”, me dije.

Me mantuve firme hasta el día en que hube de preguntar a una señora que estaba en la parada: “¿Qué número es, por favor?”. Pese a que puse cara y voz de analfabeta, me sentí muy avergonzada.

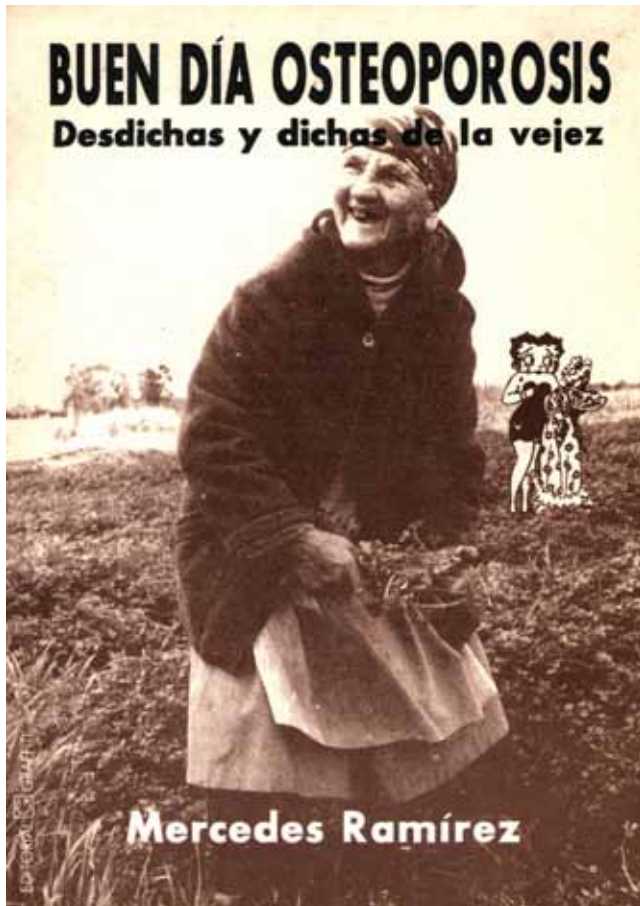
Me rendí y fui al oculista. Prácticamente desde hacía años, tuve que aceptarme miope. Pasé a integrar ese molesto grupo de personas que no se resigna a los lentes bifocales, esas que usan “los de cerca” y “los de lejos”, esas que fastidian a todo el mundo preguntando, “¿no viste mis lentes?. No, esos no; los otros...”.

Perdía gafas, se me quebraron espejuelos, olvidé quevedos, se me extraviaron estuches, pero lo peor fue que continuamente me equivoqué y llevé “los de leer” a Cinemateca y “los de lejos” a la Biblioteca Nacional.

En fin, que molesté a los demás y me molesté a mí misma hasta que un día cometí la equivocación

En 1995 Mercedes publicó *Buen día osteoporosis*, título inspirado en *Bonjour tristesse* de Françoise Sagan. En ese pequeño libro la autora realiza, con buen humor y mirada crítica, una lúcida reflexión sobre la vejez.

Tomado de: Ramírez, Mercedes. *Buen día osteoporosis*. Graffiti, Montevideo, 1995.



que me cambió la vida y me sumió en un mar en el que todavía estoy nadando, pataleando, tragando agua, haciendo la plancha, zambulléndome por debajo de las olas, lastimándome con la arena de la orilla en un inesperado revolcón.

Pero dejemos esta alegoría marítima y vayamos al grano. Lo que ocurrió fue que me equivoqué de lentes y me puse los miope. Me enfrenté al espejo y vi lo que hasta entonces no había visto: que arrugas bien profundas rastillaban todo mi rostro. Lo único que había quedado libre era la nariz. Por eso digo que las arrugas me aparecieron todas juntas y en un día, como las canas a María Antonieta.

Volviendo a aquel momento, yo, que tenía una imagen de mi cara tal como la había visto —o dejado de ver— hasta allí, debía atenerme a una verdad por cierto amarga: “Es así como estás. Así es como te ven los demás”. “¿Por qué nadie te lo había advertido? ¡Qué delicadeza!”.

En ese momento para mí empezó una nueva etapa en la que debía pensarme, no precisamente avejentada, sino legítimamente envejecida de acuerdo con los años que tenía.

Cuando consideré la cifra de mis años advertí que, efectivamente, eran muchos lo que me habían sobrevenido y, más aun, que nunca había esperado llegar a ser poseedora de tantos.

Fue como si habiendo estado ocupada en vivir no hubiera tenido tiempo de contarlos.

Los últimos diez años habían caído con la velocidad con que caen las fichas del taxi cuando uno lo toma con el dinero apenas justo para pagar el recorrido.

Como la de todos los mortales, mi vida tuvo breves etapas de felicidad y tal vez un poquito más acentuadamente que para el resto de los mortales, etapas amargas, largas, intensas que habían insumido todas mis energías para sacarlas adelante.

Hasta aquí había llegado sintiendo la identidad de mi persona sin calificativo de edad.

Un apreciable equilibrio psíquico y buena salud me habían conducido hasta ese momento en que un par de lentes calados por equivocación y un espejo impenetrable me arrojaban al conversado, manoseado e incomprensible grupo de “la tercera edad”.

La vejez más el I.V.A.

Como si fuera poca cosa los tientos que tiene que trenzar y volver a destrenzar, las intemperies que tiene que afrontar, los pozos en que cae y tiene que volver a escalar, el sesentón debe pagar un impuesto, un I.V.A. bastante abultado que desde afuera todos le imponen.

Saliendo de esta zona metafórica, quiero decir que al que llegó a viejo todo el mundo le da consejos.

Puede pensarse que la existencia de este libro es una muestra más de lo que acabo de decir. Pido perdón si su tono reflexivo lo hace parecer sermonario. No fue mi intención, desde que creo que cada uno de nosotros es único, sin réplica y que cada viejo llega a esta edad con una historia estrictamente individual y un fondo de experiencias intransferibles.

De hecho, solo estoy tratando de contar lo que me pasa porque pienso que debe de ser parecido a lo que le pasa a otros y además porque algunas consideraciones que me hago a mí misma me parecen un poco cómicas.

Volviendo al gravamen que paga el viejo. No basta con que uno vaya verificando cada día lo que ya no puede hacer o lo que sería ridículo pretender hacer; no es suficiente con que la lista de las cosas, pero especialmente de los seres que se perdieron sea cada vez más numerosa.

No señor, no basta. A estas penas a las que hay que sobreponerse constantemente se viene a sumar el coro de los consejos que psicólogos, médicos, sexólogos le cantan a uno diariamente.

Para recordar solo algunas recetas —que no son malas, lo aclaro— hago esta nómina:

Camine cuarenta cuadras por día. No piense en el pasado. No piense en el futuro. No coma carnes rojas. No se infarte el corazón comiendo un huevo frito. Sonría al despertar (esperá que consiga enderezar

la espalda). Nunca diga cuántos años tiene (ah, sí. En esto sigo a Mirtha Legrand). Ejercer su derecho a la sexualidad (¿contra quién?) Rodéese de jóvenes (¡jaá!). Gratifíquese con algo que le guste (¿quién pudiera!). Aprenda a hacer tarjetas españolas (¿qué rayos es eso?). Haga lo que quiso hacer a los dieciocho años y no pudo (te aseguro que ahora es imposible). No se quede sola los fines de semana (¿dónde están todos?). Dígase a cada rato “soy feliz” (puedo estar triste, pero no soy estúpida). Plante un árbol (no lo verá grande). Tenga un gato (¡por fin algo sensato!).

La lista de consejos podría ampliarse porque desde las más sofisticadas revistas femeninas de Italia, de Francia y de Argentina hasta la nunca bien ponderada *Selecciones Reader's Digest*; desde los doctores que hablan por radio y las recientemente licenciadas en psicología, todos tienen una panacea para conservar la salud mental y proporcionarle la felicidad a uno.

Todos esos esfuerzos me parecen mal gastados. En primer lugar porque rechazo de plano que la vida de una persona tenga que abastecerse en esa especie de shopping de la felicidad que ofrece no solo artículos de consumo, sino un sistema de valores que se caracteriza por la ausencia de ellos (con perdón de Macedonio Fernández y para regocijo de los fabricantes de chistes de gallegos).

Este “vale todo” en el que el éxito social pende de una marca de automóvil; esa manera de moverse cómodamente menospreciando la solidaridad y de cacarear los derechos al sexo sin barreras y sin amor es lo que está en oferta.

Lo que se le propone al sesentón es la ilusión de que una felicidad similar es todavía accesible.

En segundo lugar, creo que es errado aplicar tal arsenal de consejos a una franja etaria, cuando la desdicha no es específica o privativa solo de ella. ¿Por qué tanta insistencia en la asistencia? ¿Por qué no le dan más consejos a los jóvenes que tanto los necesitan?

Quiero declarar mi convicción de que todas las edades tienen aproximadamente la misma cuota de infelicidad y de dicha; de desasosiego y de paz. Lo que

difiere son los temas que van adquiriendo principalía en cada etapa. Yo no cambiaría mi rigurosa situación actual por la inseguridad que tenía cuando era adolescente y no podía imaginar cómo sería mi vida de adulta. La dureza de mi soledad es menos terrible que la angustia de aquellos años. La serenidad que necesito para esperar el fin me exige muchísimo menos esfuerzo que la que tuve que desplegar para afrontar la vida.

Hay otro grupo bastante fastidioso que es el de aquellos que quieren convencernos de que la vejez es la mejor etapa de la vida; que es el momento en que se ha conseguido la paz interior y la alegría del corazón; que es el momento de plenitud en que se debe devolver generosamente todo lo que se ha recibido.

No descarto que a muchas personas la vejez le proporcione todos esos dones. Pero digo también que conozco muchos viejos angustiados y amargados, estúpidos y egoístas que nunca van a cambiar, hagan lo que hagan.

Angustia, amargura, estupidez y egoísmo se dan en la misma proporción en la franja juvenil.

No creo que deban hacerse generalizaciones, ni que sea beneficioso mitificar una edad que como todas, supone lucha, disciplina, pérdidas y hallazgos. Es tarea de cada uno descubrir de entre los restos del naufragio algo de lo que poder aferrarse para no sucumbir.

Algunos encontrarán una balsa confortable; otros apenas una tabla. Y habrá muchos que gozarán de una playa serena en la que la vida los colocará en las postrimerías, después de muchas zozobras.

Cada uno con su historia. Cada uno con su final. Pero por favor, no aumenten las pesadumbres agobiándonos con la “culpa” de no estar haciendo todo lo posible por ser felices.

Lo dijo alguien sabio: se vive como se puede. Y yo, necia, digo: se muere como se puede.